



BITÁCORA

## La loma que mira el alma de la ciudad

Por Félix A. Correa Álvarez  
Foto: Tomada de Internet



**Desde la cima de la loma del Capiro se respira aire natural y se aprecian vistas increíbles de la ciudad de Santa Clara.**

La loma del Capiro —esa espina dorsal de historia que se yergue sobre Santa Clara— no impone, acompaña. No mira desde arriba con arrogancia, sino con la ternura de quien lo ha visto todo y aun así espera, paciente, a que alguien la escuche.

La subida comienza en silencio. No es que no haya ruidos, es que el alma se acomoda al paso y la ciudad va quedando atrás, como si quisiera que uno se desvistiera de lo cotidiano antes de llegar a la cima. Cada peldaño es una pregunta; cada respiro, una ofrenda. La escalinata serpentea como una oración escrita con piedra, y los árboles —verdes, robustos, cómplices— murmuran relatos que no aparecen en los libros.

Allá arriba, el viento sopla distinto. No es brisa, es memoria. Memoria de pólvora, de botas embarradas, de órdenes gritadas a media voz para que no las oyera el miedo. El Che estuvo aquí. Subió con sus hombros en la madrugada del 28 diciembre de 1958, no buscando la gloria, sino una ventaja táctica. Lo que encontró fue la historia.

Aún se sienten los pasos del Pelotón Suicida; aún retumban, si uno se queda callado lo suficiente, los ecos de los morteros enemigos. El cielo, que ahora parece limpio y sereno, fue alguna vez campo de batalla, atravesado por obuses y vigilado por aviones. Pero resistió, como resisten los sitios destinados a ser sagrados.

Una escultura corona la loma como un centinela de bronce. No amenaza, protege. Representa la defensa del cielo patrio, como si recordara al visitante que lo que se ganó aquí fue más que una posición estratégica: fue el derecho de soñar distinto. Y no es exageración. Desde el Capiro no solo se ve la ciudad. Se comprende.

Se comprende su trazado irregular, su aliento rebelde, su costumbre de no quedarse callada ante la injusticia. Se comprenden también sus contradicciones,

sus urgencias, su ternura. Santa Clara se abre como una palma extendida desde este mirador natural. Todo parece más claro, más posible, más humano.

Pero el Capiro no solo respira historia. También late naturaleza. En sus laderas abundan las yerbas medicinales, los árboles frutales, los caminos polvorientos donde juegan los niños que suben a rendir homenaje, no por costumbre, sino por instinto. Aquí se han sembrado tamarindos y se han soltado versos. Aquí se han jurado lealtades.

El nombre «Capiro» fue dado por Cristóbal de Moya, antiguo dueño de estos terrenos, en alusión a una montaña similar en los cerros de la ciudad panameña de Portobelo. Pero esta loma santalareña no está sola. Tiene una compañera mayor, Dos Hermanas, y juntas conforman un sistema de elevaciones que guarda secretos mucho más antiguos que la historia escrita. En sus entrañas yacen fragmentos de la colisión cósmica que extinguió a los dinosaurios. Parece un disparate, pero es cierto. El Capiro es puente entre eras. Entre la ceniza del meteorito y el humo de los fusiles. Entre la selva primaria y la ciudad que resiste.

La bajada es otra cosa. Uno desciende distinto. No más sabio, pero sí más despierto. En el camino de regreso, los pasos no suenan igual. Quizás porque, en lo alto del Capiro, algo se queda. Un pensamiento. Una promesa. Una certeza.

En esta «Bitácora», la parada de hoy no fue un viaje hacia el mar ni hacia un rincón olvidado. Fue un ascenso. Al pasado. A lo profundo. A un sitio donde la historia no es piedra muerta, sino semilla viva.

El próximo destino aún no lo sabemos. Pero este momento, esta ciudad vista desde su loma, quedan grabados en el alma como una huella en la tierra, un punto de encuentro entre la historia y el latido de la naturaleza.



AL PIE DE LA LETRA

## El uso de la coma ¿en coma?

Por Lisvany Martín Rodríguez  
Foto: Tomada de Internet

«No se te ocurra hablarme de dificultad, que poner la coma es muy fácil». Así escuché hace unos días durante una conversación entre dos estudiantes que se preparaban para un examen de Español. El interlocutor defendía su criterio con admirable vehemencia; sin embargo, cabría preguntarse si estaba en lo cierto. ¿Es este signo de puntuación tan simple como algunos piensan? ¿Lo empleamos correctamente en nuestras comunicaciones diarias?

En términos generales, de acuerdo con el *Diccionario panhispánico de dudas (DPD)*, la coma (,) se utiliza para delimitar determinados constituyentes del enunciado, entre los que se encuentran algunos tipos de oraciones o grupos sintácticos. Su presencia no siempre obedece a la necesidad de realizar una pausa en la lectura; puede responder también a factores contextuales, estilísticos o de interpretación.

Si bien el uso de este signo contiene una elevada subjetividad en consonancia con los intereses de quien escribe, existen casos de empleo obligatorio o recomendable para lograr la efectividad del discurso. Debido al desconocimiento y la subestimación del tema, a diario se cometen errores que ocasionan fallos comunicativos entre el emisor y el receptor del mensaje.

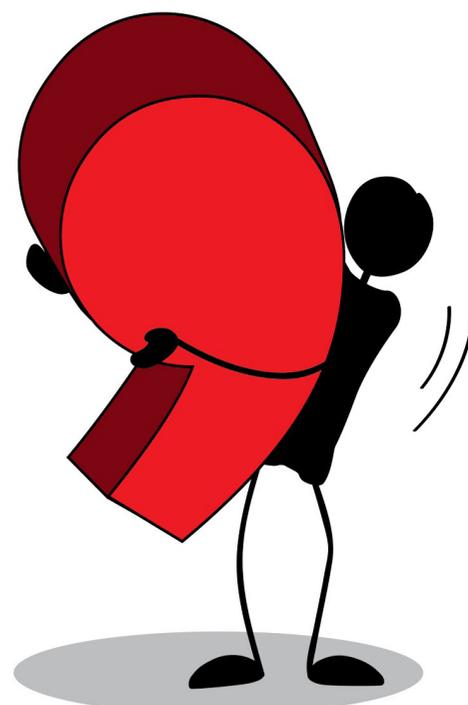
Según indica el propio *DPD*, la coma delimita incisos o frases explicativas que pueden aparecer intercalados en el enunciado, en posición inicial o final. Aquí encontramos los siguientes ejemplos: «Cuando llegó Marlon, el profesor de Física, los alumnos se pusieron de pie»; «Le gustan todos los sabores de helado, en especial el chocolate y la uva»; «José Martí, el Apóstol, constituye un paradigma del periodismo latinoamericano».

Este signo también separa otros constituyentes con alto grado de independencia. Entre ellos se incluyen las interjecciones («Bah, eso no es asunto mío»); los apéndices confirmativos («Lo viste, ¿verdad?»); los vocativos («Felicidades, tía»), y determinados adverbios o locuciones adverbiales en función de conectores discursivos («Obtuvo la licencia para conducir; no obstante, debe mejorar algunos aspectos técnicos»).

Es conocido que la coma delimita los elementos de una enumeración: «Trajo panes, dulces, bebidas y refrescos para la cena». Además, se escribe delante de las oraciones coordinadas adversativas, introducidas por las conjunciones pero, mas, aunque y sino: «Márchate cuando quieras, pero no olvides que estamos juntos en el problema».

El empleo de este signo entre el sujeto y el verbo de una oración constituye un error frecuente que provoca un truncamiento de la sintaxis. Las normas académicas establecen que lo anterior no resulta correcto ni siquiera cuando el sujeto es muy extenso: «Los atletas que no hayan enviado sus datos antes de la fecha fijada por el entrenador no podrán participar en el torneo». Igualmente, se considera inadecuado colocar coma entre los miembros de las conjunciones discontinuas ni... ni..., o... o... y tanto... como...: «No le agrada ni cantar ni bailar»; «Te espero o a las dos o a las cinco».

Aunque aquí solo se abordan algunos usos, es pertinente profundizar en el tema para evitar las incorrecciones. Lamentablemente, hoy predominan los descuidos en la puntuación, incluso en los textos periodísticos. Como hablantes preocupados por el buen idioma, nos corresponde entonces alejar la coma de su estado de coma para que vuelva a ser un signo saludable.



© JUVENILES.VANGUARDIA